

Bioética, sexualidad y Biblia

Acercándonos a la Biblia con estas preguntas

En primer lugar, es necesario reconocer que acercarse a los problemas de la bioética, en lo que hoy abarca este tema, desde el texto bíblico tiene sus dificultades. El contexto del mundo bíblico no tenía los conocimientos, las actitudes y algunos de los dilemas que hoy se plantean. Hacer un puente de 2000 años o más entre los escritos bíblicos y la situación de la ciencia, la población y la vida hoy, implica manejarse con alguna prudencia con respecto a ciertas maneras de hacer las afirmaciones desde el punto de vista bíblico. Y esto me lleva a introducir lo que quisiera plantear como un elemento a tener en cuenta en toda hermenéutica bíblica, que es el contexto de lectura. No podemos hoy (por lo menos esta es mi posición y la de muchos otros) acceder a la Biblia desde un vacío; leemos desde situaciones concretas, en situaciones concretas, con trasfondos concretos y en contextos marcados por distintos dilemas, con distintas preguntas, que son aquellas que nos impone nuestro mundo y con las que nos acercamos a la Biblia.

Los temas vinculados con la sexualidad humana (incluyendo cuestiones como contracepción, homosexualidad, interrupción del embarazo, etc.) no son nuevos, pero si son distintos los contextos sociales, las implicancias demográficas, los sistemas valorativos y los conocimientos científicos con que los abordamos hoy. Y si la Biblia y la fe han de dar respuesta a estas cuestiones, no lo puede ni lo debe hacer, por caridad pastoral, desde una teoría abstracta elaborada bajo otras condiciones, sino como siempre lo hizo el texto bíblico, como parte de un diálogo de fe que toma en cuenta las condiciones y necesidades reales del ser humano, de la comunidad de creyentes y su testimonio en la totalidad social de la que formamos parte.

De hecho ya hay una prelectura de nuestra situación, y además hay una prelectura de la Biblia porque 2000 años de cristianismo han impuesto la Biblia en nuestra cultura como un elemento presente incluso donde no se la menciona. Y además, la han leído para nosotros, de manera que ahora aún aquél que nunca leyó la Biblia, tiene una imagen de lo que la Biblia dice, por lo que ha escuchado decir que la Biblia dice, y eso ha impregnado nuestra cultura de tal manera que la gente usa refranes o frases hechas, que son citas bíblicas, sin saber que lo son. Esto marca que ya la Biblia ha sido leída para nosotros de distintas maneras. Así que “leer la Biblia” es también un ejercicio de revisión de lo que se supone que la Biblia dice, de desbloqueo de un uso de la Biblia como fuente de autoridad para sostener históricamente ciertas formas ideológicas y de poder.

Acerca de la pregunta ética y su contexto

Pero antes de entrar en la lectura bíblica en sí misma, como parte de esta apreciación en el texto y planteando el tema de la Ética, o las Éticas, porque en este asunto hay que hablar en plural, conviene hacer una distinción. Y es la que podemos hacer, con un lenguaje que tomamos de otros campos del saber humano, entre éticas densas y éticas delgadas¹.

¹ Esta distinción la enunció en algunas charlas el Dr. José Míguez Bonino. Desgraciadamente no llegó a profundizarla en ningún texto. Le debo a algunas conversaciones con él parte del concepto que aquí esbozo con respecto a este punto. De paso, también agradezco a mi colega en el I. U. ISEDET, Dr.

¿Que quiero decir con esta distinción? Este lenguaje está tomado básicamente de la antropología; la distinción la hace Clifford Geertz cuando se plantea la posibilidad de descripciones “densas” de una cultura. Así, propone la palabra “densa” para las visiones cualitativas que buscan indagar en las motivaciones y concepciones profundas que sostienen a una sociedad, sus símbolos y mitos culturales, distinguiéndolas de las que solo reflejan las conductas en sus expresiones fácticas, aparentes, que serían “delgadas”. El tema es más complejo de lo que puedo elaborar aquí, pero de momento nos conformaremos con este enunciado sencillo, sabiendo que esto en lo cualitativo y cuantitativo no es la única distinción que se puede hacer.

¿A qué llamamos, pues, sociedades o construcciones culturales “densas”? Para decirlo simplemente, son aquellas que son producto de un decantamiento secular dónde los acuerdos básicos, que constituyen los vínculos sociales, son sólidos, están afirmados de tal manera que constituyen un sustrato de sociabilidad que no es mayormente puesto en discusión. Son condiciones y convicciones antropológicas compartidas por ese conjunto social de tal manera que la ética no proviene tanto de acuerdos explícitos, sino de elementos profundamente insertos en la sociedad, que hace que la gente adquiera, ya en su socialización inicial, sus propios hábitos de conducta en función de esas convicciones básicas. Convicciones que de alguna manera constituyen el conjunto de la configuración cultural imperante en la sociedad y que además contienen, desde otra lectura, formas implícitas de hegemonía y dominación.

Por otro lado nos referimos a configuraciones culturales delgadas, inestables, aquellas sociedades en las cuales no hay acuerdos básicos sobre los componentes culturales, que son de culturas, digamos así, con capas agregadas o yuxtapuestas, con intereses altamente conflictivos y que necesitan entonces un determinado nivel de acuerdos prácticos, pragmáticos, aquellas cosas que resultan socialmente operativas para poder convivir. En estas sociedades la ley, entonces, aparece como más frágil, es mayor la tendencia a la dispersión, y la tensión es un dato permanente, lo que lleva a algunos sectores a tratar de resolver estas tensiones por vías autoritarias o violentas.

Entonces distinguimos desde el punto de vista ético también estas mismas situaciones. Hay éticas densas que se apoyan en convicciones profundas y elaboradas en construcciones sociales de siglos, acuerdos fundamentales en la construcción antropológica, religiosa, etc. Y por otro lado se constituyen, y esto se da especialmente en la post-modernidad, éticas delgadas, éticas que se basan en acuerdos operativos, frágiles, transitorios, que no necesariamente implican acuerdos en las concepciones fundantes que están en los distintos grupos que componen esta sociedad. De tal manera que se puede llegar a ciertos acuerdos de convivencia, ciertas operatividades comunes, que suelen ser transitorios, a pesar de que uno tenga, o grupos diversos tengan, distintas concepciones en cuanto al sentido de la vida, de la sociedad, etc.

Debo aclarar que decir una ética densa, no quiere decir buena. Quiere decir que se consolida porque se conforma por una cantidad de convicciones asumidas como válidas por un determinado conjunto social. Por ejemplo, el fascismo logró una ética densa y sabemos sus consecuencias. La convicción de que determinada raza es superior y forma sociedades superiores es una convicción “densa” en muchas sociedades, incluso en las que aparentemente lo niegan, pero cuyas actitudes prácticas terminan mostrando su vigencia a nivel más profundo. Y así generó y sigue generando las catástrofes

Guillermo Hansen, profesor de Ética, que me proveyó mucha de la bibliografía y materiales propios que me ayudaron a trabajar este tema.

sociales y humanas que conocemos. Una ética delgada tampoco quiere decir liviana, porque a veces para llegar a acuerdos es necesario elaborar racional y emocionalmente muchas cosas, que requieren una gran profundidad en términos de la concepción que tenemos de la vida humana. Aun cuando, como hemos dicho, es muy difícil para una sociedad vivir en esa permanente fluidez², y muchas veces son los más pobres, en recursos económicos y culturales, los que terminan siendo perjudicados por esta inestabilidad de los acuerdos sociales y las tensiones que de ellos se derivan.

Hoy nos enfrentamos en nuestras sociedades en América latina justamente con lo que llamaríamos éticas delgadas. No todos partimos de las mismas convicciones, no todos tenemos los mismos acuerdos básicos acerca de qué es ser humano o cómo se debe comportar uno para ser humano, o cuáles son las leyes fundamentales que hacen posible la vida. En esta situación, cuando un grupo o un sector social quiere imponer sus convicciones fundantes, en lo que es su propia concepción ética “densa”, termina violando las éticas más o menos densas de los demás. El planteo que yo estoy haciendo parte de este reconocimiento.

Para mí, la convicción bíblica cristiana fundamental es la libertad del ser humano, lo que Pablo llama “*la libertad con que el Mesías nos hace libres*”: “*Porque, hermanos, a libertad fueron llamados; solamente que no usen la libertad como ocasión para satisfacer sus propios deseos, sino para servir por amor los unos a los otros. Porque toda la ley en esta sola palabra se cumple: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. Pero si se muerden y se comen unos a otros, miren que también no se consuman unos a otros*” (Gálatas 5:13-15). En esto se destaca su posibilidad comunitaria y solidaria de poder disponer de su propia vida y cuerpo, pero a diferencia del concepto liberal individualista esta libertad nos genera lo que José Míguez llamó “*el espacio para ser humanos*”³. Y entonces si yo considero el “núcleo de densidad ética” cristiana esta manera de adquirir y disponer de la libertad, no puedo en nombre de esa libertad imponer a los demás mis propias convicciones, o sea, negarle su propio espacio de libertad, sino la de construir un espacio común, comunitario, de libertad. De manera que la necesidad del dialogo, la necesidad de la búsqueda, el espacio para lo nuevo e inesperado, y aún para el claro disenso, aparece justamente como parte de la realización de la densidad ética del cristianismo.

Hay otra visión del cristianismo que dice que la densidad ética del cristianismo consiste en afirmar ciertos elementos doctrinales, una determinada moral, y de alguna manera hacer de ello el eje en torno de los cuales giren la totalidad de las acciones humanas, de creyentes y no creyentes. De esos fundamentalismos, sean católico romanos o evangélicos, me diferencio.

Sin embargo debo aclarar que sostener la posibilidad de una “ética delgada” y el respeto por el disenso no significa renunciar a la visión propia. Es decir, para poder acordar que necesitamos una ética de consenso explícito, aun cuando no refleja la totalidad de mis convicciones, yo no necesito renunciar a ellas, y este es otro punto que me parece importante porque algunos piensan que negociar acuerdos significa la renuncia a las convicciones, o “aguarlas” para que quepan otras, diluir la propia identidad o visión. Yo afirmo mis convicciones, y digo, desde mis convicciones, que es necesario el respeto a otros, que tienen convicciones igualmente profundas aun cuando

² El sociólogo Z. Bauman llamó a esto la “*modernidad líquida*”. Buenos Aires, FCE, 1999.

³ *Espacio para ser hombres*. Buenos Aires, La Aurora, 1990.

difieran de las mías. Y entonces la convivencia me obliga a establecer los nexos entre estas distintas maneras, sin renunciar a la convicción.

La ética cristiana aspira a ser densa justamente para poder contribuir al conjunto de la ética social. Porque tampoco es operativo simplemente plantearse la cuestión como una cuestión de “tolerancia”. Aun cuando hay un uso positivo de la palabra, en el sentido de admitir la disidencia, también tiene un sentido ambiguo. Cuando se plantea una actitud de “tolerancia”, no se puede desconocer que a veces se entiende como “concesión voluntarista”. La tolerancia en ese sentido no es constructiva en términos de la ética. La opción no debe ser “tolerante-intolerante”, sino que se trata de disposición al diálogo. La tolerancia también puede significar: “yo no me comprometo contigo. Haz tú lo tuyo y yo lo mío, y no me hago cargo. Te dejo hacer, pero conservo mi poder, no admito ser modificado en el diálogo, no admito revisar mis propias estructuras de pensamiento y poder”. En ese sentido la “tolerancia religiosa” que se da en algunos de nuestros países es enemiga de la libertad religiosa y de la igualdad religiosa, y del diálogo creativo. Hay una religión oficial o mayoritaria que “tolera” otras expresiones religiosas, pero no admite ser cuestionada en su lugar de poder. Cuando llegan puntos cruciales, ese poder se afirma y el “tolerado” resulta un marginal.

Lo que yo estoy proponiendo es otra cosa. Es decir, “haz lo tuyo y explícame por qué lo haces, yo hago lo mío y digo por qué lo hago, y acordemos que nos debemos un debate muy arduo en torno de lo que hacemos, y hasta que punto podemos hacer cosas juntos, y aprender el valor de lo que cada uno hace, y cuál es el límite compartido para nuestras acciones”. No por ser “tolerante” sino justamente porque el compromiso con mi prójimo, la posibilidad de constituir un cuerpo social, hace que yo no sea simplemente tolerante, sino que tenga un compromiso contigo, que nos ayude a construirnos mutuamente como personas y nos ayude a construirnos como sociedad.

En América Latina no cabe duda de que las situaciones contextuales (diversas en la región) nos plantean muchas preguntas, en este campo que se ha dado en llamar de la bioética, y también nos ofrecen distintos recursos políticos, sociales, culturales, económicos (en muchos casos, escasos), para salir al encuentro de estas situaciones. Las preguntas a las que debe responder o las situaciones en las que debe dar cuenta el pensamiento ético de América latina, aún siendo en apariencia similares a las preguntas que se hacen en otras partes del mundo, son distintas. Son distintas porque se plantean en un contexto distinto. La realidad de América latina plantea a la llamada bioética problemas y argumentos distintos que en otras partes del planeta. La pobreza, las condiciones demográficas, los marcos políticos marcan el espacio de los acuerdos y las opciones posibles. Lo religioso no deja de ser, en América Latina especialmente, un elemento muy pesado, a veces difícil de soportar para estas éticas delgadas. Hay quienes quieren plantear, desde lo religioso o desde lo ideológico, que sus éticas son las únicas en torno a las cuales se pueden organizar opciones socialmente válidas y esto justamente genera un tipo de polémica que no tiene solución, porque simplemente es a ganar o perder, jugar a los inestables equilibrios de poder.

Solamente el acuerdo de que es necesario superar esta situación de quiebre, ir más allá del planteo de que es esto o nada, nos va a permitir ir construyendo paulatinamente acuerdos, que no serán nunca la exigencia de la totalidad de mi posición. Pero tampoco debe procurarse la renuncia total a las posiciones que yo o el otro podamos sostener, impuestas de acuerdo a las relaciones de fuerza que puedan circunstancialmente darse. La presencia de otras expresiones religiosas o seculares obliga al debate entre quienes conciben que la ley del estado debe reflejar la densidad de

sus convicciones, y quienes aceptan negociaciones contextuales para dar respuestas legales a las condiciones reales que se plantean en una sociedad.

Estableciendo el marco de referencia

En ese sentido voy al contexto latinoamericano. Este está marcado, en mi lectura, con una realidad muy clara, que es la existencia del imperio. Nosotros no podemos tratar ningún problema en el vacío, ignorando el marco político y económico que significa la presencia del imperio. Y cuando hablo de imperio, no me refiero a ninguna nación particular, sino a un modo de construcción del poder donde las fuerzas políticas, económicas y militares, y las industrias culturales dominantes –medios de comunicación-- están alineadas a nivel mundial detrás de un claro y único eje de poder, que es la concepción del mercado global. Entonces, más allá de que nosotros podamos en los marcos más cercanos descubrir diversas fuerzas en pugna, o notar ciertas tensiones dentro de esas fuerzas dominantes, hoy el poder mundial se juega en el campo de esta supremacía de lo financiero global y el sistema global dominante. Y si bien aparecen, y esto es para un debate político, alternativas en ciernes, debemos reconocer que en este momento el control que ejerce el imperio, entendido no como el gobierno norteamericano solamente, sino como el conjunto de las corporaciones alineadas en términos económicos, políticos, cuyos representantes visibles son los organismos financieros internacionales. Esto no significa que no hay resistencia, y búsqueda de alternativas, pero sí significa que el poder está instalado en el núcleo económico de nuestras sociedades, en sus espacios de control cultural, que es parte de un conflicto a nivel mundial donde el mercado financiero sigue teniendo una capacidad de imposición muy alta.

Entonces en ese contexto de imperio y mercado global es que se debate el tema de la bioética. Esta forma de llevar su capacidad de control e imposición a todas las esferas de la vida humana, controlado no solo por aparatos y dispositivos externos sino desde los mismos núcleos de generación de la vida y psiquis humana, es lo que se ha dado en llamar el “biopoder”. Es la forma en que el ejercicio del poder se mete, controla, manipula a su favor, los resortes que generan la vida, su comienzo y su fin. Aborto, eutanasia, iniciación y educación sexual, reproducción y clonación, etc., los temas de la bioética, se dan en un marco social y político donde los poderes económicos y las industrias de la cultura están consolidados en una determinada acumulación de recursos y opción ideológica. Hay incluso lo que podríamos llamar una “antropología del mercado” que se postula como “ética densa” para organizar todas las relaciones y decisiones en torno de la vida.

Tomemos un caso, por ejemplo, el tema del debate del aborto o interrupción del embarazo, como salida del embarazo no deseado. Especialmente, aunque no únicamente, en el caso de las adolescentes –y hoy hay que considerar la adolescencia extendida. Por un lado aparece todo un poder, un *ethos* económico sobre nuestros adolescentes y nuestros jóvenes. Que se plantea en forma distinta, según las distintas clases sociales, pero que coincide en los estímulos al consumo. Un ejemplo muy claro se puede ver, diferenciado de acuerdo a las clases sociales, el sábado a la tarde. Usted pone cualquier canal de televisión comercial y va encontrar que ya se va como preparando el ambiente para la salida nocturna de los jóvenes. Varios canales de televisión empiezan desde las dos o tres de la tarde, con la cumbia, con los festivales de música, etc. Como para ir preparando el ambiente con eso, para los anuncios de los centros bailables, recitales, etc. que se ofrecen por la noche. Esos programas ya están creando un ambiente para llevar después a la mayoría de nuestros jóvenes, según las

clases sociales, a los distintos tipos de espacios de consumo. Esos espacios de consumo, viven, obviamente, del estímulo a consumir, y el estímulo del consumo aparece acompañado de una cantidad de estímulos de otro tipo, que justamente bajan las barreras de resistencia al consumo, que van desde los estímulos visuales, auditivos, etc. hasta los distintos tipos de intoxicaciones. Entre esos estímulos para el consumo, el estímulo sexual es fundamental y aparece en las letras de las canciones, en los movimientos de las danzarinas y danzarines que van acompañando esos espectáculos y en los modos de promoción que siempre tienen imágenes de la conquista sexual como el motivo de fondo. Ahora, si uno tiene una población de adolescentes, constantemente estimulados de esa manera, que implica desde el punto de vista neurológico y psicológico la baja de las defensas y de las resistencias, de las barreras de la censura, y además estimulados con distintos tipos de intoxicantes, y con un fuerte mensaje sexual, esta incitando necesariamente a una temprana iniciación sexual. Y va a tener jóvenes sexualmente activos bajo esas condiciones, que distan de ser las óptimas. Aún en el mejor de los casos y que estuvieran informados, el margen normal de falla de las metodologías de prevención hace que esos encuentros de sexo “ocasional” provoquen muchos casos de “embarazo ocasional”. ¿Cuál es la respuesta que esta sociedad da al problema que ha provocado su propio núcleo “denso” del consumo?

A eso debe añadirse otro elemento generado por la dinámica actual del mercado de consumo: la caducidad de todo, el ideal de lo descartable. Todo se produce con fecha de vencimiento, aún los bienes “durables”. Uno compra una computadora. Cuando la compramos ya sabemos que dentro de 5 ó 6 años no vamos a conseguir repuestos, porque nos cambian los modelos y las marcas, nos ofrecen “uno más nuevo y superior”. Y no porque lo necesite el usuario, lo necesita la fábrica, el mercado, el capital invertido. Porque una vez que saturó el mercado de computadoras entre la población que puede adquirirlas, hay que hacer que compren otras. Los productores tienen que asegurarse que esas computadoras entren en obsolescencia y entonces te cambian el modelo, te cambian el tipo de chip, el tipo de acople, te modifican el programa, de tal manera que el elemento que compraste hace cinco años hoy no te resulte útil.

Todo viene con fecha de vencimiento. Esto inconscientemente se va prolongando en las relaciones humanas; también las relaciones humanas se vuelven descartables. En el mundo laboral hoy ya no se considera la estabilidad como un bien asegurado. La flexibilización laboral tiene que ver justamente con este concepto del trabajador descartable. A este trabajador lo uso, y cuando ya no me sirve, lo descarto. No hay contratos de larga duración. Por eso hablo de una antropología de mercado; la lógica del mercado posmoderno lleva a que empiezo por descartar el envase de la gaseosa, sigo descartando un elemento de trabajo mucho más útil y costoso como la computadora, y después ya descarto al trabajador mismo, y termino por hacer descartables todas las otras relaciones humanas. De tal manera que hoy en día nadie o muy pocos asumen compromisos de largo plazo, la constitución de la familia es mientras dure; la idea del “hasta que la muerte nos separe”, es una frase que ya hoy muy pocos jóvenes aceptan: “hasta la muerte”, es un plazo demasiado largo. Nadie sabe. Entonces todas las relaciones tienen fecha de vencimiento, o fija o variable, pero nadie entra en una relación diciendo, esto es para toda la vida.

Esto se prolonga a todas las relaciones humanas. También las relaciones basadas en la sexualidad se piensan como “descartables”. Pero esas relaciones “descartables” que se producen en los boliches y sus alrededores, generan enfermedades, embarazos, etc. ¿Son estos “descartables” como las relaciones que los generaron? Por eso, en este caso, y sin pretender extenderlo a la totalidad de las situaciones, la pregunta se debe

plantear en el origen mismo de las prácticas y condiciones que están en el inicio de la situación, no solo en su terminación.

No nos damos cuenta hasta que punto también nuestra antropología asumió el concepto de descartable, lo cual se hace extremadamente doloroso en el tema de la vejez. Entonces los viejos son descartables. Nadie puede decir: “yo hoy no voy a trabajar porque tengo que cuidar a mi viejo”, porque justamente la flexibilización laboral hace que si esto alguien lo dice dos veces, no lo dice la tercera. Y entonces, como no puedo cuidar a mis viejos, tengo que de alguna manera resolver esto, lo cual también se resuelve a través de mecanismos del mercado. Entonces hay un mercado para que uno disponga de sus viejos. De distintas maneras, algunas más nobles, y otras realmente indignantes, por cierto –y esto también depende de los recursos económicos. Este es un problema de la bioética en la sociedad de mercado global, en el espacio del biopoder. Ni siquiera se puede acusar éticamente a quienes se ven obligados a esta opción. Esto no es una situación para acusar a otros, -porque yo también la vivo- esto es lo que el mercado y la antropología que hoy tenemos nos han creado como sociedad. Si hay alguna ética densa en la sociedad de hoy, es la ética del mercado.

Leer cuestiones “bioéticas” en la Biblia

Este es el encuadre en el cual veo que tenemos que comprender todas las problemáticas de la bioética. Sin este encuadre podemos peligrosamente tomar el texto bíblico como un texto caído del cielo, y no vamos a responder estas preguntas sino que vamos a generar más dilemas todavía, tratando de resolver cuestiones cotidianas desde principios “abstractos”, extraídos de contextos concretos distintos, y abstraídos a partir de visiones informadas por intereses o tradiciones determinadas.

Para empezar, la vida en la Biblia no es un principio, y con esto ya voy a generar alguna polémica, no es un principio absoluto y ni siquiera hay una posibilidad de considerarla como tal. De hecho la palabra “vida”, en el concepto abstracto que nosotros tenemos de vida, no existe en el hebreo bíblico. Existe el verbo vivir, y existen los derivados de ese verbo, como el participio “viviente”. De manera que la idea de la vida, como una concepción abstracta, lo mismo que verdad, como concepción abstracta, no existe en el hebreo bíblico. Existen como adjetivos, “viviente”, “verdadero”. De manera que cuando habla de “la vida”, son siempre seres vivos, seres vivientes. La palabra viviente habla del Dios bíblico, pues este Dios es un Dios viviente, y que hace vivir. Va a llevar mucho tiempo de desarrollo conceptual decir “Dios es vida”, y de hecho nunca se dice así en la Biblia. “Dios es amor”, “Dios es luz”, sí son expresiones bíblicas. Incluso leemos que Dios es fuente de vida, pero no “Dios es vida”. Dios es viviente, que no es exactamente lo mismo. Incluso Jesús cuando le hacen la pregunta sobre la resurrección, va a decir que Dios es Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios es Dios de vivos, y no de muertos y en eso se define su concepto de resurrección. Que es un Dios vinculado con personas que han vivido y que de alguna manera, en la memoria, en la realidad y en los demás, siguen vivos y en tanto están vivos son los referentes de ese Dios vivo y Dios de vivos. El mismo Jesús en el Evangelio de Juan se presenta como “agua de vida”, o “pan de vida”, elementos que posibilitan, sostienen, afirman la vida, pero que no son “abstracciones” si no “concreciones” para la vida.

Entonces la idea de que la vida puede existir como un principio general abstracto independientemente de los seres y condiciones que efectivamente viven, no es un concepto bíblico. Aún en el Nuevo Testamento la palabra que más se utiliza para vida en ese sentido, de lo viviente, es *psujé*, que para nosotros, en castellano, va a quedar en el ámbito de lo mental, como “lo psicológico”. Para vida también ocurren las palabras

zoé y *bios*, pero estas tomarán otro sentido. En el texto bíblico se nos dice “amarás al Señor tu Dios con toda tu *psyjé*, vida...” (no dice con todo tu *bios*, ni con toda tu *zoé*⁴) con toda tu psiquis, con toda la fuerza que informa y establece la vida. Y esto me parece muy importante porque hoy en día la antropología del mercado trabaja especialmente sobre la psiquis. Es decir que lo que se captura no son los cuerpos como en el esclavismo, ni siquiera los recursos económicos directos como en el capitalismo industrial, sino que se trabaja sobre el deseo. Todo el sistema de mercado está generado a través del deseo. De tal manera que las preguntas que se hacen los chicos hoy están movidas por el deseo: ¿qué hay de nuevo?, ¿dónde lo conseguiste? y ¿cuánto vale?

La primera pregunta es ¿qué hay de nuevo? Y esto proviene del deseo de tener lo nuevo. Más que deseo, una ansiedad. De esa manera se opera justamente sobre la vida, la fuerza que la mueve, el deseo, el deseo que es constitutivo de la vida. El deseo es el canal por el cual se genera y se ordena la función vital y que está en la base de la vida en tanto vida humana. También de todos los problemas éticos que se generan en torno de la vida. En el fondo la pregunta ética es, en una de sus formulaciones posibles, como manejo yo mi libertad, entre la pulsión, el deseo y la ley, entre el deber y el deseo. Pero en la antropología del mercado, el deber que me enseña el mercado es “cumplí tu deseo”, cuanto más rápido, mejor. Desaparece la tensión con la ley, desaparece el espacio de la libertad, de la posibilidad de la opción. Entonces hay una captura del deseo, ya que ambos, deseo y ley, son lo mismo, y ambos son satisfechos (e insatisfechos a la vez) por el mercado.

El deseo por sí no es malo. En la Biblia el deseo es generado desde la misma creación. El hombre se constituye, no para vivir en equilibrio con la naturaleza, sino para llevarla adelante a través del deseo. Por decirlo así, Dios instala el deseo en el ser humano a través del mandato de señorío en la naturaleza. El problema es que este deseo, como lo son los cuerpos, también pueden ser capturados. Y de esto la Biblia también conoce.

En un lenguaje bastante elaborado, primordialmente en las cartas de Pablo (Ro 7, especialmente), se dice que el yo vive entre dos deseos; siento que en mí hay un deseo de servir a Dios, el deseo bueno, el deseo creacional. A su vez siento que en mis miembros hay otro deseo, que hecho ley en mí me lleva a la muerte, de tal manera que lo que verdaderamente quiero hacer no lo hago, y lo que no quiero es lo que termino haciendo. ¿Qué es esto, sino hablar de la captura y cautividad del deseo?

Y esto lo vemos cotidianamente, es lo que pasa cuando uno va y compra algo y después va y llega a la casa y dice ¿para qué ... lo compré? En la época del dólar barato se hacía el chiste de la familia que llegaba de Miami, deshacía las valijas y decía: ¿y esto, qué era? ... ¡y tenía dos! Pero lo compré, ¿por qué? Porque hay una captura del deseo.

Hay todo un estímulo establecido para la captura del deseo. Esto que nos da risa, cuando ocurre a nivel de haber comprado una baratija inútil, es el mismo mecanismo

⁴ Por cierto que *bios* y *zoé* también forman conceptos importantes, y en algunos casos los tres son casi intercambiables. El ser viviente es una unidad indistinguible, donde lo vital, *psyjé*, no se da separado de lo viviente, *zoé*, ni de la entidad física de la vida, *bios*. La vida eterna, o la vida abundante se mencionan como *zoé*, y lo necesario para vivir se nombra como *biótica*. Y los tres se unen inseparablemente. Incluso *pneuma*, aliento, espíritu, a veces aparece como metáfora de lo vivo, de manera que “solo hay vida en el *pneuma*, espíritu”. Pongo el énfasis en la idea de *psyjé* para destacar la dimensión de la vida que afecta nuestro deseo, el ejercicio de la voluntad y la fuerza que sostiene la vida.

que en otros niveles capturan los deseos más profundos del ser humano. Los deseos de afecto, los deseos de convivencia, los deseos de solidaridad, que también son parte de nuestra condición humana, son capturados por esta máquina de construir el deseo. Hay estudios muy profundos, tanto a nivel teológico como secular, que no podemos desarrollar aquí, que estudian todas estas máquinas de captura del deseo, en el cual se ha transformado el capitalismo posmoderno⁵.

La Biblia conoce esto, lo conoce con otro lenguaje, lo conoce desde su antropología hecha hasta el siglo primero, pero reconoce esta tensión entre el deseo de libertad y un deseo capturado. Lo que va a afirmar, fundamentalmente en la teología de Pablo⁶, es que el verdadero deseo se cumple, no desde lo que puedo comprar, y conseguir desde mi deseo (cautivo) sino desde la gratuidad. Justamente apuesta a que lo que “vale”, y aquí hay un tema muy fundamental para los cristianos, es lo que se obtiene por “la gracia”. La gracia significa el acceso al núcleo fundamental que posibilita vivir, la posibilidad de vivir plenamente, el deseo primigenio, desde lo gratuito, desde la misericordia de la justicia divina.

No piensen que me fui por las ramas, que no estoy hablando de la bioética. Porque hoy la bioética, los dilemas que la ética de la vida debe confrontar, no se dan en un mundo neutro. Se dan en un mundo donde el deseo (y el deseo “sexual” como factor privilegiado) es objeto de la captura de la subjetividad. Esas problemáticas están generadas por las formas concretas en que se dan las condiciones sociales de creación de la subjetividad y del saber, también por las condiciones económicas de la investigación científica. En el marco de un biopoder que está, al menos en gran medida, controlado y manejado por las leyes del mercado. Entonces lo que verdaderamente necesito para discernir lo mejor para la vida humana (el amor, la justicia, las relaciones humanas más profundas, incluida la sexualidad), que son las cosas de la gratuidad, han sido capturadas por un deseo de lo costoso, convertidas en bienes “transables” de la antropología del mercado. La ley (del mercado en este caso) captura y anula la gracia.

La sexualidad, constitutiva de lo humano

En el relato liminar, fundacional del texto bíblico, se hace claro que la vida humana es cualitativamente distinta de la naturaleza. Y me parece que este es un concepto desde el cual el cristianismo contribuye, especialmente frente a todo el debate ecológico. Y cuando digo contribuye, digo que no condena a otros, no lo impone, por lo menos desde mi lectura del cristianismo, sino que aporta para una discusión, para ser aceptado o refutado o modificado.

A lo largo del relato de la creación se nos dice que se va produciendo todo lo bueno⁷. Dios va creando el cielo, y la tierra y los mares y las especies vivientes, etc. y dice “y vio Dios que era bueno”. Cuando llega al ser humano introduce una modificación, “y creó Dios al hombre a su imagen y semejanza”. Es decir, ya no es bueno solamente, es más, es el reflejo mismo de la divinidad. De alguna manera esto

⁵ Ver, por ejemplo, Sung, J.M. *Deseo, mercado y religión*. Santander: Sal Terrae, 1999. También, Rieger, J.: *La religión del mercado*. Buenos Aires, La Aurora, 2016.

⁶ El ya citado capítulo 5 de la Carta a los Gálatas es un texto liminar en este sentido que se completa luego en la Carta a los romanos y su propuesta de una justicia que es por la fe.

⁷ Para profundizar sobre el relato de la creación y la antropología subyacente en el mismo ver Croatto, S. *El hombre en el mundo*, Buenos Aires, La Aurora, 1974, y *Crear y amar en libertad*, Buenos Aires, La Aurora, 1986.

marca (yo sé que hay algunos ecologistas que no lo entienden de la misma manera) una diferencia cualitativa entre el ser humano y el resto de la creación. En el ser humano se refleja por excelencia la condición del creador. E inmediatamente reconoce que el primer elemento del ser humano que refleja esta condición es la sexualidad. Dios creó al hombre a su imagen y semejanza, “varón y hembra los creó”. Es decir que la sexualidad es un dato fundacional, no es un dato que aparece posteriormente en el transcurso de la vida humana. Es lo primero que se dice del ser humano en tanto ser humano. El ser humano es un ser sexuado. No se ha dicho esto de ninguna de las otras especies creadas anteriormente. Se dice “y creó esto según su especie y creó esto otro, según su especie”: la “sexualidad” animal o vegetal no aparece como un dato diferenciador, es un mecanismo “de la especie”, es reproductor de la especie que no merece especial atención. Del ser humano, en cambio, se dice que lo creó a imagen y semejanza de Dios, varón y hembra los creó.

Después le encarga al ser humano el llevar adelante la creación, para terminar diciendo “y vio Dios que esto era bueno en gran manera”. Es decir, lo “muy bueno” es el haber culminado este momento de la creación con una construcción particular dentro de esa creación, el ser humano, en pareja, sexuado, quien aparece con la responsabilidad de llevar adelante lo que podríamos llamar el proyecto de la creación. Lo viviente se hace proyecto, deseo.

Un segundo relato de la creación, que es donde aparece el famoso Adán y demás, parece suplementar al primero. Porque vuelve a hablar de la creación del ser humano. Adán en hebreo no indica sexo, no indica género, sino simplemente es “humano”. En realidad, el femenino de adán es “adamá” y adamá significa tierra fértil. La pareja constitutiva, en esta segunda versión, es el hombre (el humano, sin distinción de género) y la tierra. Llega un momento del cual dice que adán estaba con todos los animales, con todas las plantas, con todo el huerto del Edén allí a su disposición, podía hacer lo que quería, pero no estaba contento, no se encontraba compañía adecuada para adán. Y Dios dice: No es bueno (después de haber dicho todo es bueno, y bueno en gran manera) que el hombre esté solo. Voy a hacer una compañía adecuada para el hombre, el adán. ¿Y que hace? Lo duerme y conforma a partir de este adán una pareja, donde se hace consciente de su condición sexuada.

A diferencia de otras mitologías que existen en el Medio Oriente, Dios no crea la mujer como una segunda creación, sino que la extrae de la misma humanidad, del mismo adán. Si uno mira los mitos babilónicos y otros que se generaron en el mismo ambiente cultural en el cual se construyó el relato bíblico, en ellos el varón y la mujer son creados de realidades distintas. En el relato bíblico el hombre es constituido varón y mujer desde un mismo ser. Por eso el relato incluye la sentencia del adán: ahora está es carne de mi carne, hueso de mis huesos.

Es decir, varón y mujer no son dos cosas distintas, son dos expresiones de la misma humanidad, dos expresiones necesarias y complementarias. En esa diversidad complementaria aparece la condición social del ser humano, el sentido de la “compañía”. Y esto desde la conformación de su cuerpo. De manera que el cuerpo humano nunca es completo como cuerpo aislado, sino que solo existe como cuerpo en relación. El varón, ni la mujer, ni el individuo, es el cuerpo humano; en la concepción

judeo-cristiana el cuerpo humano es un cuerpo en relación, creado para estar en relación. Que solo es completo cuando está en relación con los demás⁸.

Es más: en el estudio de la antropología bíblica aparece justamente la idea de que el hecho de la conformación sexual es establecido de la costilla. En la visión muy primitiva de la fisiología animal semítica la diferencia entre el ser humano y los demás mamíferos, que le permite al ser humano caminar erguido, es justamente el hecho de que tiene el costillar incompleto, es decir que las últimas costillas no llegan al esternón, son flotantes. Y deducían que el ser humano, al tener costillas flotantes, podía caminar erguido. ¿Por que tiene que ver esto con la sexualidad? Porque justamente en el ser humano el carácter erguido permite la relación sexual frontal. El macho no cubre a la hembra, la encuentra. La relación sexual en el ser humano es una relación cara a cara. Y esto lo veían como una diferencia con los demás mamíferos, en el cual el macho cubre a la hembra en el acto reproductor. Entonces la elección de la costilla como lo que Dios extrae del adán para poder diferenciar varón y hembra tiene que ver justamente con esta concepción antropológica de que la relación sexual humana es una relación cara a cara por excelencia⁹. Entonces en ese sentido aparece justamente como un diferenciador de la sexualidad humana del resto del mecanismo reproductivo animal. Los otros entes vivos también tienen aparato reproductor, el ser humano es sexuado y en ese ser sexuado se da el encuentro; hay una diferencia.

Y aquí aparece entonces la diferencia entre la procreación y la reproducción. En ese sentido el ser humano procrea, no se reproduce. En el relato bíblico, Dios ha creado, por lo cual la creación no es un acto que ocurre al azar. Es el propósito de una voluntad creadora. De esa voluntad que se expresa fundamentalmente como el acto en que Dios se desdobra en la creación. Este es el concepto del prólogo del Evangelio de Juan: “en el principio era la palabra”, La palabra era una palabra que Dios se dirigía a sí mismo, (traduciendo literalmente Jn 1:1b: “la palabra era hacia Dios”). Dios “hacia un soliloquio”, hasta que Dios “decide” no hacer más ese soliloquio y esa palabra se vuelve palabra hacia fuera, se vuelve creadora, y entonces aparece el mundo y aparece la humanidad. Porque Dios crea, a través de su palabra, un interlocutor, y ese es el acto del amor de Dios.

Dios crea para crearse un interlocutor, y ese interlocutor es la creación toda, pero dentro de la creación especialmente el ser humano. Por eso el ser humano es dotado de la palabra, que es lo mismo con lo cual Dios ha creado (aún cuando el prólogo de Juan después dirá que el ser humano no quiso oír más esa palabra por la cual fue creado). Es en esa palabra que está la vida¹⁰. Entonces la creación tiene un propósito, tiene un sentido, tiene un objeto. La creación es una dinámica que tiende hacia algo, y el ser humano es encargado, en el ámbito del mundo, de ser el portador de ese propósito, de ese sentido. Al ser “encargado” no se hace dueño, sino el responsable (administrador) de que ese propósito continúe.

Los relatos bíblicos nos van a decir también que muchas veces el ser humano se desentiende de eso, y se cree dueño del objeto del cual en realidad es administrador. Y

⁸ Por eso Pablo puede hablar del cuerpo humano como metáfora de la Iglesia: solo existe en la mutua relación comunitaria y en la relación con Cristo.

⁹ Obviamente, el modelo sobre el cual se basa la escritura bíblica es la relación heterosexual.

¹⁰ En este caso la palabra usada es *zoé*, indicando la vida como totalidad. A diferencia del Antiguo Testamento, el griego, en el Nuevo Testamento, ofrece un vocabulario que se presta más para la abstracción, como es este caso.

termina destruyéndolo, o se olvida de cual es el fin último y lo utiliza para otras cosas. Se utiliza a sí mismo para otras cosas. El ser humano, en esta interpretación bíblica, no puede verse simplemente como un *producto* entre los otros objetos creados, sino que tiene una finalidad y un núcleo de amor que lo sustenta, una finalidad en la cual es participe, en el conjunto de la creación. Dado que no es un producto, sino un “co-creador”, por lo tanto no se reproduce, sino que procrea. De manera que, aunque sé que este es el lenguaje que se utiliza, yo no hablaría de “salud reproductiva” en la Biblia, sino de “salud procreativa”. Y esto nos da otros elementos, porque no es simplemente conservar la máquina de producir y reproducir, es descubrir que sin el eje fundante del amor y del sentido, el embarazo es simplemente reproducción, no procreación, y por lo tanto está “desorientado”. El problema no es que el ser humano se reproduzca o deje de reproducirse, sino que el ser humano procrea, lleva adelante la creación. Si genera productos humanos que no son parte de ese sentido, que no están orientados hacia la finalidad procreativa, está simplemente reproduciéndose, y por lo tanto desorientado hacia la finalidad con la cual se ha creado el mundo. Y esto tiene que ver también el otro extremo de la vida, con la vejez; la “pro-creación” no es solo dar a luz hijos e hijas, es también cuidar a los padres y las madres¹¹, la responsabilidad de cuidar lo creado¹².

Para terminar quiero mencionar, aunque sea muy rápidamente, al otro extremo del relato bíblico, el Apocalipsis, cuando nos relata la caída de Babilonia (Ap 18). Es la caída del imperio, y uno de sus puntos salientes es cuando los mercaderes y los comerciantes lloran la caída de Babilonia diciendo: “en esta ciudad comerciábamos y teníamos riquezas”. Entonces hace una larga lista de las mercaderías lujosas, oro y plata y piedras finas y maderas aromáticas, y esto y lo otro y lo mejor de la harina, que había en esta ciudad, y todo se comerciaba. La lista culmina diciendo que se comerciaban los cuerpos (*soma*) y vidas (*psyjé*) de los hombres. Lo que finalmente decide la destrucción del imperio es que es el lugar de la acumulación de las riquezas (sus pecados han llegado hasta el cielo), pero también donde se comercializan los cuerpos y las fuerzas vitales, las fuerzas que dan vida a esos cuerpos humanos. Por eso cae la Gran Babilonia. Y el llanto de estos mercaderes no tenía fin. Y entonces el ángel dice: “porque cayó así, en ella ya no se escuchará el trabajo del trabajador, el molino cuando muele, la música del flautista o del arpa, no se verá la luz del candil, ni se escucharán las voces de alegría del novio y de la novia”. Como las industrias y el arte, también la sexualidad fue destruida al ser absorbida en el concepto de la acumulación y la mercadería.

Amor, placer y procreación: el sentido de la sexualidad humana

La Biblia reconoce tres elementos constitutivos de la sexualidad. Que ya los he mencionado al pasar: el elemento del amor comunicativo, de la sexualidad como forma de construir y de mostrar la dimensión social humana, que aparece claramente en el: “esta es ahora hueso de mi hueso y carne de mi carne”, la unidad del ser humano, en ese amor que congrega a los diferentes. La segunda es la función de procreación y la tercera es la función del placer. Esta tercera ha sido la más negada y olvidada en el discurso

¹¹ Nótese como ya el mandamiento establece la conexión entre “honra a tu padre y a tu madre” con “para que se alarguen tus días”, para que vivas...

¹² La sustitución de los mecanismos de “jubilación solidaria” (todos contribuimos para sostener a los que ya no pueden trabajar), por el de “fondos de pensión” (cada uno se forma un fondo para su propia vejez) que ha propuesto el nuevo capitalismo financiero, muestran cómo y hasta qué punto lo que parecen ser decisiones administrativas son también y fundamentalmente, cuestiones “bioéticas” en las que se manifiesta el “biopoder”, la antropología del mercado.

cristiano posterior, que incluso ha negado su existencia en el mismo núcleo del deseo. Sin embargo la Biblia dedica un libro entero a la función del placer en la sexualidad, el Cantar de los Cantares.

Para nosotros, la Biblia supone que estos tres siempre actúan conjuntamente. Y la separación o entronización de cualquiera de ellos por encima de los demás destruye la sexualidad. De tal manera que el amor “puro”, esa ensoñación enamorada que no toma en cuenta la realidad social, el amor romántico de la pareja que se mira a los ojos aunque el mundo se caiga a su alrededor, es una deformación de la sexualidad, del amor total del que es metáfora. El amor verdadero es símbolo de la realización de toda la humanidad, no sólo de la pareja.

El amor procrea, y aquí justamente uso la palabra “procrea” y no “reproduce” porque tener hijos no es la única forma de llevar adelante la creación. Hay otras formas en que el amor de una pareja puede llevar adelante la creación, puede procrear, ayudar a generar y desarrollar la vida con sentido amoroso, y la reproducción no es la única forma de hacerlo. Por el contrario, la reproducción por sí misma, como fin, nos confunde con el mundo animal. Curiosa paradoja de ciertas teologías, que condenan el sexo placentero como “animal”, pero luego confunden la procreación humana con la incitación a la reproducción animal, sosteniendo que la única función lícita de la actividad sexual es la reproducción. Eso es, justamente, el sexo animal.

Hay placer en el amor, pero el placer separado del amor genera la ética del hedonismo irresponsable. Es hoy, justamente, el mecanismo preferido de la captura del deseo, la confusión entre deseo y placer, o la reducción del deseo al placer. Como la creación se ha vuelto un bien transable en el mercado, el amor, en tanto no es transable, se suprime, y queda solo el placer, que se vuelve el espacio del consumo. El deseo es el deseo del amor, el placer un componente de ese amor, porque el amor envuelve nuestra corporalidad. Cuando el deseo se reduce, se ensimisma en el solo placer, es lo que Pablo llama, entonces, el deseo “de la carne”, el placer solitario (aunque sea solitario compartido), porque ha sido privado de su dimensión espiritual.

Ninguna de las tres se puede absolutizar. El amor implica el placer y si hay amor verdadero, este debe ser amor placentero, e implica la procreación. Ese amor debe manifestarse en su compromiso con llevar adelante y hacerse amor en el conjunto del mundo real. Esa es la dimensión metafórica y real que la sexualidad tiene en la Biblia. Desgraciadamente justamente la antropología del mercado es la que de alguna manera, en su soberbia, desconoce todos estos elementos, los aísla y cada uno de ellos pasa a ser un artículo de mercado. Entonces vende productos para el amor romántico, crea un mercado de la reproducción y crea un mercado del placer erótico, cada uno separado de los demás. Estimulado por propios mecanismos de captura del deseo.

Toda la narración bíblica, desde la creación de Babel en Génesis, hasta su caída en Apocalipsis, muestran esta lucha entre Dios y los imperios, que buscan hacerse Dios, establecerse como poder celestial. En ese sentido, también la sexualidad es un ámbito donde debe pensarse la resistencia al imperio y sus lógicas de muerte. También en el ámbito de lo que llamamos “bioética” somos testigos de un Dios que es capaz de dar vida a los que el imperio considera muertos. La fe es la afirmación de que somos capaces de pensar la vida desde su núcleo amoroso y no desde las esferas del comercio o de la ley dogmática. El imperio mata, el que no tiene plata no entra en el mercado y si no entra en el mercado no vive. Y hay muchas, demasiadas, formas de matar a estos excluidos: el uso del sexo y del placer como bien de mercado, el establecimiento de la lógica de lo descartable, la captura del deseo por los mecanismos del consumo y la falta

de previsiones para una salud sexual y procreativa, son algunas de ellas. Frente a ello, también en lo que hace a la sexualidad y a los temas del “biopoder”, nuestra opción es la gratuidad, volver a recuperar la fundamental doctrina de la justicia que es por la Gracia. O sea, de la vida que reside en la gratuidad, como el elemento central de nuestra comprensión y orientación en la fe, en lo que ofrece y pide la justicia divina. También en la bioética la gracia es el núcleo “denso” de la justicia divina.

Néstor Míguez

Septiembre 2005.